

## EL MUNDO DEL LIBRO

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

CAMPANAS DE NAUFRAGIO.  
Por HELVIA GARCIA DE BODMER.

Venimos de regreso del territorio de la poesía en lo que ésta tiene de alarido, imprecación, ceniza, destello que apenas ilumina lo puramente formal de los vocablos. Durante mucho tiempo, en lo que va corrido del presente siglo, la mujer americana que ejerció tanto su inteligencia como su sensibilidad en el poema, creyó con cierta ingenuidad, que solamente lo puramente sexual, el alarido conturbado de los instintos, podía servir como levadura para su obra y despertar la atención ambiente. Y lograr, de paso, la perennidad. Acaso logró lo primero. Jamás lo último. Porque la poesía sexual tiene también la vida efímera de todo lo que construimos para un instante, el gozo del minuto. Pero para eternizar un poema, se necesita que pase por tantas sensibilidades diferentes, por tantos sentidos estéticos, que es una hazaña lograr precisamente que la gente lo recuerde, lo memorice, lo lleve como una flor encendida de labio en labio, y de una generación a otra. Lo puramente carnal, enciende un minuto la atención del lector, y cae después en una profunda clepsidra. Es la verdad escueta.

Naturalmente tiene sus excepciones fundamentales, cuando la poetisa indaga en su mundo interior y atempera su frenesí, su sangre encendida, con todos aquellos ingredientes intelectuales y humanos, que hacen que el grito se convierta en dolor, en amargura. Porque la poesía femenina tiene que andarse con cautela, si quiere en verdad, integrarse en un cuerpo hermoso de conceptos que a más de lo lírico, tengan permanencia en nuestro cotidiano vivir, muchas veces sin esperanza.

Por eso mismo, leer estos poemas *Campanas de Naufragio*, de Helvia García de Bodmer, es precisamente asistir a un milagro de equilibrio, madurez, paisaje casi invernal. Las escuetas líneas se elevan hacia el cielo, sin que la frondosidad del bosque ahogue lo puramente poético, los elementos esenciales, todo lo que es subjetivo, humano, sensorial. Pero la meditación es auténtica y todo en este libro es agua pura, rocío, flor en su esencia, como la rosa traspasada por la espina y bañada por la luna.

Ha logrado la escritora despojarse de muchas cosas bellas, de adjetivos ricos en colorido, para entregarnos únicamente aquello que es música diluida, casi una melancolía dolorosa que lacera y deja una vibración,

como el eco de voces amadas o de perfumes olvidados, de campanas sumergidas en la fosforescencia y que insisten en llamar a fieles muertos para el ara inútil.

*Campanas de Naufragio* es una obra de verdaderos méritos intelectuales en nuestro medio gris y uniforme. Besos puros, transparentes, ciprés que con su índice de sombra nos va señalando el camino. Para el espíritu es una especie de rocío la fragancia de una poemática que tiene tanta claridad y donde nada dice relación al inflamado barroquismo, a ese retorcimiento retórico que únicamente atiende al vocablo hermoso descuidando los laberintos del alma, la resonancia íntima de las cosas y los seres en nuestro existir, en el duro peregrinaje por el mundo hoy tan desolado, cargado de negras perspectivas para la cultura como integración y función del ser humano.

Entregamos a nuestros lectores dos poemas de la autora de *Campanas de Naufragio*, que confirman nuestras apreciaciones en torno de su obra poética:

#### MUERTE

*Palabra ignota, claro signo,  
única luz en mi verdad.  
Ya conocí tus yelos duros  
y voy a tí con serenidad.  
Giran mis horas en la espera  
de lo que acaso no será,  
mientras se ensancha este vacío  
de mi interior inmensidad,  
y así al adivinarlo todo  
nada sé de la realidad.  
Amor me invita a sus festines  
sus espejismos conozco ya.  
¡Oh! muerte, dame tu ceniza  
fulgurante de eternidad.*

#### AMOR

*Amor y solo amor.  
Ciega y perdida  
en llamas ando  
ya sin calcinarme.  
Goce y dolor  
sin cauce ni medida,  
cielo e infierno  
en dualidad constante.  
Conozco amor  
tu miel y tu veneno:  
unas veces la estrella,  
otras el cieno,  
unas veces la rosa  
otras la espina.*

*De tí regreso y vuelvo  
en ascua o yelo,  
interrogando a Dios  
en desconsuelo,  
porque siendo la muerte  
eres también la vida.*

---

EL CRISTO DE ESPALDAS.  
Por Eduardo Caballero Calderón.

Nuevamente ha sido reeditada esta novela de Eduardo Caballero Calderón. Fue escrita bajo los signos de la violencia política que aun azota el país. Porque desde hace muchos años, no un decenio como se afirma en frase estereotipada, estamos sufriendo las consecuencias de la barbarie política, del odio banderizo. Lo que en las guerras civiles de los mil días y en otras anteriores, apenas granada la Patria, fue romanticismo en los conductores de ambos partidos tradicionales, se convirtió en una empresa de odio y exterminio que parece no acabar nunca.

En relación con el tema de la violencia en Colombia, se han escrito varias obras, generalmente de mala calidad. Además monocordes, buscando más lo que pudiera ser la parte sensacionalista, que las raíces de este gran dolor colombiano. Muy poco, casi nada, se salvará de esta literatura, que si no es comprometida, tampoco ofrece caracteres de perdurabilidad, ni siquiera en el sentido y forma puramente estéticos. La violencia está en las almas, porque carecen de cristianismo auténtico, de hondos soportes morales, de certidumbre en el futuro. Gentes aventadas de sus ranchos, que vagan sonámbulas por montañas abruptas, esperando caer sobre aldeas inocentes, para prolongar inútilmente el baño de sangre. Pero nuestros escritores, con pocas excepciones, han tomado lo anecdótico del tema, lo puramente formal, de ángulos fuertes, para construir sus novelas, sin calidad literaria muchas de ellas.

Eduardo Caballero Calderón se ha enfrentado al tema sin olvidar lo que pudiéramos llamar el gran padecimiento del hombre nuestro. Ha buscado desentrañar los gérmenes escondidos del mal, mientras otros hacen frases de sospechosa vigencia. El hombre es un animal de padecimientos. Buscar en su cueva de instintos, en su larvada esperanza, en la razón de sus actos, es labor de un escritor que quiera hacer de la novela, no una tarjeta postal o un folletín policíaco, sino un testimonio. Ese curita del Cristo de Espaldas, un poco gemelo de aquel Cura de Aldea de Georges Bernanos, quiere penetrar en ese rebaño humano que Dios le confió. Muchedumbres calcinadas o ciegas por el odio. Tristeza y desamparo de las cosas, carcomidas por el tiempo y el trabajo de los hombres. Mentirijillas. Vicios ocultos. Envidias que reptan. Todo ello se mueve como gusanillos, mientras el paisaje cumple su función de testigo, revientan sus brotes verdes, se ahonda el río, quema la distancia. El paisaje en esta novela está presente en forma sobria, sin vaharadas tropicales que como lianas todo lo ahoga. Esquemático, un poco invernal. Salir un sacerdote de un seminario, en un ambiente claustal, en un mundo de valores espirituales de teología, de hondas vivencias, para llegar a un remoto pueblo y encon-

trarse con una hosca realidad, con un desamparo total, es algo que desgarrar el espíritu. Y Caballero Calderón, como Bernanos, se ha enfrentado al tema con fuerza, con pasión humana, utilizando un idioma ennoblecedor, de las mejores esencias castellanas.

*El Cristo de Espaldas* es un libro admirable, una novela que hace pensar, un alegato en un tiempo crítico, donde la muerte de valores ejemplares conturba y derrota el ánimo y nos sume en la total amargura.

LOS ORIGENES DEL HOMBRE AMERICANO.

Por Paúl Rivet.

Fondo de Cultura Económica. MEXICO.

El Fondo de Cultura Económica de México, en su magnífica Colección Popular, ha publicado esta obra del ilustre científico francés Profesor Paúl Rivet.

Para nadie es desconocido el nombre de uno de los más grandes valores de la inteligencia francesa en orden a esta clase de trabajos que consumieron su vida. La etnología no tuvo secretos para su infatigable curiosidad intelectual. Con paciencia suma, el Profesor Rivet fue recogiendo datos, rastreando en aquellas huellas que dejara el amanecer de los pueblos sobre la tierra.

Este libro estudia el problema, siempre controvertido, de cómo llegaron los primeros pobladores a nuestro Continente. Son muchas las tesis encontradas en esta materia. Pero en este libro se aclaran muchos pasajes oscuros y parece deducirse de su lectura que los primeros americanos llegaron de otros sitios del mundo como Australia y la Melanesia. Es científico el método investigativo seguido por el Profesor Rivet. Se ajusta a razonamientos que nada tienen de imaginativos o de meras intuiciones. Realiza un estudio detenido de la famosa teoría de Platón sobre La Atlántida y si fue posible su existencia.

El Profesor Rivet afirma que en el estudio del hombre americano han existido muchas tesis producto de la pura fantasmagoría. Pero que la ciencia moderna ha ido destruyendo tesis que se suponían como ciertas e inmovibles.

Y defiende así los rudimentos de nuestra cultura:

"Es en verdad curioso que el período histórico de la evolución americana no sea sino repetición de los sucesos étnicos que condicionaron su poblamiento. Desde que fue descubierta, América ha seguido siendo un foco de atracción para los pueblos y razas más diversos, igual que lo fue durante su larga formación precolombina. Así como estos pueblos y estas razas han constituido, desde el siglo XV, al mezclarse, una civilización nueva, con sus características bien determinadas y su originalidad propia, tanto en sus obras inspiradas en la cultura del Viejo Mundo, como en sus creaciones independientes, así el indio americano, al mismo tiempo que recogía la herencia de los pueblos y de las razas que contribuyeron a su formación, supo desarrollar una civilización propia sobre este fondo común, enriqueciéndolo con una serie de invenciones y creaciones que pueden parangonarse con las invenciones y creaciones del Viejo continente".

Esta tesis echa por tierra tantos ensayos mentirosos de pseudo-ensayistas americanos que han creído ver en la cultura precolombina, un rudimento informe, una barbarie sin cristalizaciones artísticas perdurables.

9 ESTAMPAS DE UN ALUCINADO.  
Por CLEMENTE AIRO.

Clemente Airó nació en Madrid, España, pero se ha vinculado hondamente a Colombia. Vínculo no consistente

precisamente en relaciones puramente comerciales como tantos otros. Sino un entrañable y sincero afecto por los problemas atañedores a nuestra cultura, a sus posibilidades, a su peripecia entre lo que es aventura y al mismo tiempo realidad. Su nombre, pues, está en los labios de todos los colombianos amantes de los valores del espíritu, de su proyección en el tiempo.

Clemente Airó ha publicado varios libros importantes entre ellos Viento de Romance, Sombras al Sol (novela), La Ciudad y el Viento (de reciente aparición) y estas nuevas estampas de un alucinado.

Airó estudia en estos relatos el drama de los personajes que se desarraigan del campo y vienen a la ciudad en busca de mejores horizontes, tanto económicos como culturales. Un miraje ilusorio, porque dentro de las grandes moles de cemento, los esperan miseria, angustia, desolación. Pero el ser humano siempre vive en el espejismo de la ilusión y ve reverdecer cada mañana la esperanza. Ya que el frustramiento total es un estado psicológico del cual rara vez tenemos la certeza absoluta. La ciudad, con sus mil tentáculos atrae a las gentes ingenuas, le hace ver una prosperidad que, pasados los días, se convierte en monotonía, en negación de todo aquello que soñamos en la remota alquería.

Clemente Airó ha llegado a una gran madurez intelectual. Sabe manejar sus personajes dentro de un medio que les es propio. No se pierde en vaguedades, en aquella bruma desdibujada e inútil que ha echado a perder tantas vocaciones literarias. Sus personajes son de carne y hueso y sus pensamientos, alucinaciones y centella incoherente del pensamiento, están bien logrados. Madurez, templanza, dentro de un horno donde hierve la sangre del hombre y clama por la inutilidad de su destino. Pavezas arrojadas al viento. Pequeño montículo de ceniza que ha de perderse por todos los caminos del mundo. Vivir, padecer, amar, morir. Todo se pierde en esa atmósfera opalescente donde los seres creados por Airó se mueven como en un sueño de pesadilla.

9 Estampas de Alucinados, es un libro que demuestra la verdad de una vocación literaria y la honradez moral en servirla.

GALERIA DE MISTICOS Y DE INSURGENTES.  
Por Jorge Carrera Andrade.

Hemos recibido esta nueva obra de Jorge Carrera Andrade, uno de los grandes escritores ecuatorianos y de dimensiones continentales. Porque la obra literaria de Carrera Andrade tiene un lugar propio en la escasa literatura americana. Porque dígame lo que se quiera, son pocos los verdaderos valores de calidad perdurable que ofrece un examen desprevenido de nuestra vida intelectual. Jorge Carrera Andrade, analiza en este magnífico libro el mundo cultural del Ecuador, desde su alborada en la Conquista hasta los tiempos de la República. El autor sabe templar ardores e impaciencias,

pues, ha llegado ya a un clima de serenidad y madurez admirable, para exaltar la obra de frailes que no eran de "misa y olla", sino auténticos letrados. Que escribían entremeses, tonadillas, historia, desenvolvimiento de las formas del lenguaje, en fin, letrados auténticos y no el retablo retardatario y feudal que algunos quieren hacernos ver, llevados por un jacobinismo delirante.

El Ecuador ha sido un país de admirable tradición literaria. Naturalmente, como ha sucedido en todo este Continente, embrujado por la manigua, ha sido difícil una paciente labor de separar lo bueno de lo inútil, el racimo dorado, de la hojarasca y el ripio. Pero generalmente los ecuatorianos saben atemperar sus letras y artes, con paciencia, brillo y sutil armonía. Prueba de ello es precisamente la obra de Jorge Carrera Andrade, de tan altos quilates literarios. Y la de tantos otros, desde don Juan Montalvo, hasta Raúl Andrade, con sus turgentes bellezas y su densidad amorosa por las bellas cosas del espíritu.

Es de admirar esta labor de Carrera Andrade, quien, en vez de irse en busca de brumas nórdicas, de poetas malditos, de burbujas literarias de otras culturas, sabe penetrar hondamente en la peripecia de su propia Patria, la iniciación colonial y coloquial, el sabor místico que tuvo la cultura cuando se refugiaba en los conventos y allí se maceraba como en odre de sabiduría. Carrera Andrade nos lleva de la mano desde el señor Olmedo con sus interminables cantos a Bolívar, hasta la novelística de Chaves y de Jorge Icaza, donde ya está presente el problema social, el dolor de los desposeídos, la miseria de los pobres que comprenden que también tienen derecho a los frutos de la tierra. Todo esto en un estilo poético, finísimo, como todo lo que se vierte de los hornos de este gran escritor ecuatoriano.

---

VISION Y REVISION DE BOLIVAR. J. L. SALCEDO BASTARDO.
--

Copiosa la bibliografía bolivariana. Tema permanente de ensayistas, sociólogos, poetas, Bolívar, sigue en

aquella colina inspirada donde lo ha colocado la admiración de las gentes de su América. Algunos roedores pretenden hincar su diente en ese bronce. Tiempo perdido. Viento que pasa y nada deja. Este libro de Salcedo Bastardo ha sido escrito con profunda seriedad y sin hipérbole. Los héroes es preciso bajarlos de sus peanas y ponerlos a andar por el mundo. Y estudiarlos con seriedad, reflexión y responsabilidad intelectual. Que es precisamente lo que ha hecho este escritor. Ha penetrado en las esencias bolivarianas y ha regresado con un haz de verdades inmodificables: la visión continental de Bolívar, frente al localismo de otros héroes. Su sentido de América como continente nuevo y no como tierra arrasada para conquistas y manos extranjeras. Su delirio cósmico, ese su romanticismo germinal, que le hacía ver las cosas prolongadas en el tiempo y bañadas de una luz eterna.

Su generosidad, su rampante concepción de las batallas, sus cartas, donde crece un escritor que amó las mejores esencias del bien pensar y saberse expresar. Sus largas aflicciones por un mundo ingrato, donde le

fue negado el pan y el aire. Su tenacidad delirante. Su concepción del sistema regional americano antes que muchos otros, siquiera lo hubieran soñado. Su sentido mismo del amor, de la mujer como centro, norma, levadura eterna de toda concepción grande del mundo. Su ojo nublado de apóstol negado por los mismos a quienes le diera libertad. Todo esto está analizado en esta Biografía tan importante en toda biblioteca para conocer a fondo la hazaña del Padre y Libertador, con su América de veinte años y su esperanza eterna.

Magnífico libro y muy bien escrito de contera.

**EL RASTRO DE LOS HECHOS.**

Por Roberto García Peña.

Se anuncia que será editada en dos volúmenes la obra literaria y de tendencia americanista que viene cumpliendo dominicalmente en el diario *El Tiempo*, su Director, Roberto García Peña. Noticia grata para quienes hemos seguido en esa columna el rastro de los acontecimientos que dicen relación a América, su destino y paradoja. García Peña ha entendido a cabalidad su misión de orientador en este confuso marco de lo propiamente autóctono, aquello que es intransferible como americanismo sin falsificaciones europeizantes. Todo el clamor, la angustia, el perfil propio de nuestros países ha pasado por esa columna que, por lo tanto, debe perdurar en un libro, ya que el periódico tiene una vida efímera, circunstancial y se borra pronto de la memoria de las gentes todo lo que allí se escribe.

América, como Continente, no puede ser únicamente un territorio tributario de otras culturas, continente sub-desarrollado, sino que tiene necesidad de su propia existencia autónoma y de su mensaje espiritual. Despertar esas inquietudes, prospectar planes ecuménicos, darle un sentido orgánico a su avatar, es precisamente lo que dominicalmente defiende García Peña en una prosa de noble estilo castellano, cernida, sin ampuosidades. Pero que no por eso, deja de ser orientadora, peleadora y esperanzada.

Ya es tiempo de que los intelectuales americanos volvamos los ojos de Europa para mirar humildemente nuestro propio camino. La geografía, la geopolítica, la historia, el suceso cotidiano, las posibilidades de crecer en razón de cultura y de economía, son tareas útiles, honestas y que exigen un poco de disciplina, de cilicio. Porque lo europeo, dentro de su sabiduría esencial, sus morbideces lánguidas, su literatura de tan inconfundible estilo, es antípoda de lo colombiano o americano, de este barro aborigen, triste y suspirante.

Roberto García Peña le hará un auténtico favor a la cultura de América con la publicación en libro de *Rastro de los Hechos*, verdadera huella orteguiana sobre las cosas y con la lenta sabiduría que admiramos en los glosarios de Eugenio D'Ors.